

# Cañero de ciclo largo

Orestes Venegas Pita ha vivido tan apareado a la responsabilidad y el deber que el trabajo le ha gobernado 70 años de su vida

José Luis Camellón Álvarez

Ninguna enfermedad ni consejo médico ha podido sentar a Orestes Venegas Pita en el portal de su casa, aunque sea una persona que ha derrochado disciplina, responsabilidad y sentido del deber durante 70 años de vida laboral.

Lo asombroso no es siquiera ese largo recorrido de trabajo, sino oír en su propia voz que a los 84 años camina todos los días varios kilómetros, hace el trayecto desde su casa, a la salida de Jatibonico para Arroyo Blanco, hasta el central Uruguay; “pero voy a pie también, por dentro, a la CPA José Antonio Echeverría, a la UBPC El Meso. No sé si es una travesura a mi edad, siento que no me perjudica y lo puedo hacer”.

“La verdad es que nunca me pude zafar de la tierra. Luego de la Ley de Reforma Agraria se fueron interviniendo las colonias cañeras y a partir de ahí empecé en puestos de dirección, porque vinculado al cultivo había estado casi desde que nació.”

Este cañero de ciclo largo nunca ha podido desprenderse de la tierra, mucho menos de la humildad que lo acompaña desde que conoció, más que el mundo, la miseria que debió vivir su familia en la zona de Los Coyujises, a orillas del batey Santa Ana, en las cercanías de la actual presa Lebrije.

“Si alguien quería ver atraso, pobreza, tenía que ir allí. Casa de piso de tierra, tabla de palma y guano, lo más lujoso a lo que podía aspirar la población rural en aquella época; hoy hay casas de tabaco que son palacios al lado de aquel rancho; vivíamos sin ningún tipo de comodidad”.

“Fueron tiempos muy difíciles”, rememora y con sus ojos busca aquel pasado que los años no borran. “Donde nació no había escuela, apenas pude adelantar en los estudios y llegué a un quinto grado con una mujer a la que mi padre le pagaba y venía a la casa a enseñarnos; no había camino, se vivía en total aislamiento. En 1944 hubo un tornado muy fuerte que nos tumbó el rancho, quedó como un varaentierra en el piso; así estuvimos siete meses y allí no fue nadie a ver si necesitábamos algo, a ver si estábamos vivos, era una vida de sálvese el que pueda”.

Como era el mayor entre los hermanos, tuvo que arrimarse temprano a la tierra y al filo de los

14 años agarrar la mocha y salir a tumbiar caña. “Lo único que se podía hacer por allí para ganarse unos kilos, porque por alzarla no pagaban nada”, recuerda.

Arrinconado por una vida rural preñada de pobreza, trabajo mal pagado y sin porvenir, Orestes Venegas ni se enteró de que se le fueron sus años mozos. “Viví ese período, pero no tuve juventud, ni supimos entonces que era esa etapa tan linda de la vida”.

¿Qué rumbos siguió su vida?

Como dos años antes de triunfar la Revolución mi papá me consiguió empleo en el central Jatibonico —hoy Uruguay—; él trabajó ahí muchos años. Estuve en el piso de azúcar, también en el basculador, en un área que llaman el hueco, había que recoger todo lo que caía de las esteras: caña,

fueron a ver, me plantearon que hacía falta aquí para ayudar a enfrentar esa situación y que no podía ir a ese curso.

La verdad es que nunca me pude zafar de la tierra. Luego de la Ley de Reforma Agraria se fueron interviniendo las colonias cañeras y a partir de ahí empecé en puestos de dirección, porque vinculado al cultivo había estado casi desde que nació.

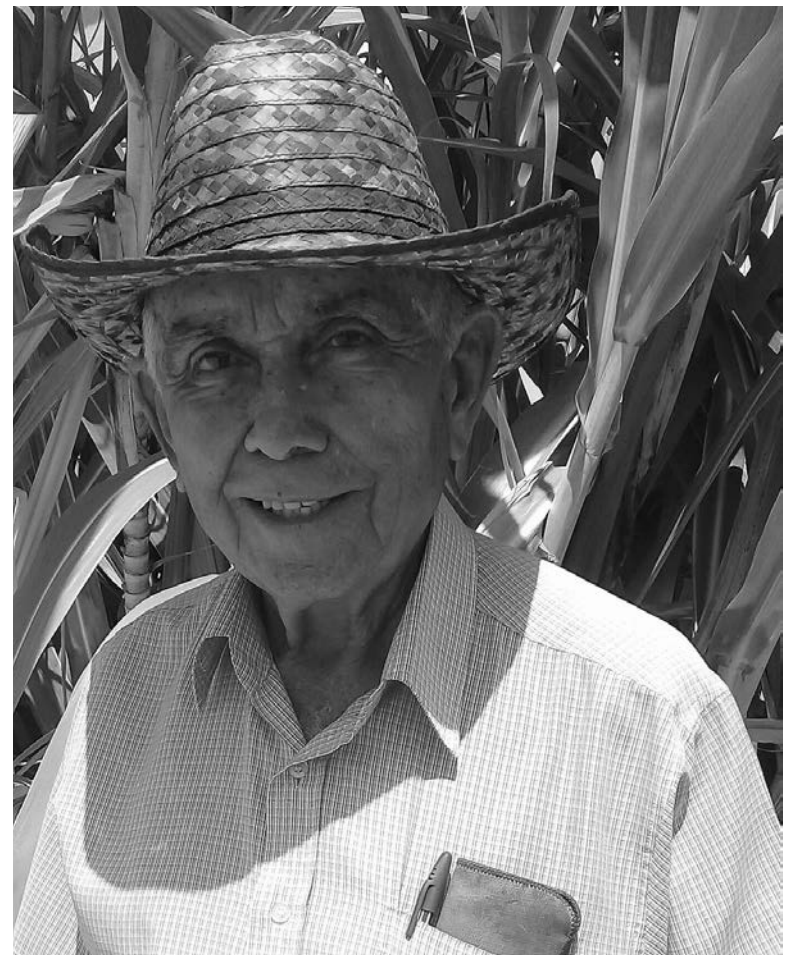
¿Cómo pudo pasar la mayor parte de su vida en funciones de dirección teniendo bajo grado de escolaridad?

Siempre tuve un sentido de la obligación y del deber, la vida que me tocó, la forma en que me crié, me exigieron temprano responsabilidad. Nunca olvido la preparación de la zafra del 69-70, tuve que comandar en mi zona la siembra de más de 300 caballerías de caña; para dirigir aquella tarea de campamento en campamento y controlar la siembra yo andaba en una mula, nada de yip o camioneta como es común hoy. Eran tiempos de sacrificio puro, de trabajo día y noche.

El conocimiento siempre hace falta, pero apelé a mi experiencia, a lo que viví y realicé en la caña, a la estancia en aquellas colonias en las que trabajé y aprendí buenas prácticas de labranza, porque había que hacer cada labor bien, no se admitían chapucerías; si era surcar a la profundidad que llevaba, pues era esa y no otra; si no sembrabas con calidad, muy sencillito, te despedían.



Orestes desempeñó con acierto diversas responsabilidades, incluida la de presidente de Zona de Defensa.



Venegas Pita se mantiene activo en labores relacionadas con la agricultura no cañera. /Foto: José L. Camellón

Siempre he sido exigente para el trabajo, he dirigido obreros cabezones para hacer las cosas con calidad, pero nunca abochorné a nadie delante de la gente; le decía: Fulano, me ves a las diez de la noche en mi oficina; allí sí le metía el regaño, le explicaba y lo iba domando, hasta lo educaba. Si de algo me siento orgulloso es de que eduqué a obreros que tenían grandes problemas de disciplina, hoy me lo agradecen.

Para tener resultados me costó trabajar muchas horas todos los días, dedicar tiempo a hablar con los obreros; el jefe que no da ejemplo es difícil que tenga éxito, que tenga autoridad. Nunca me dio ni el instinto de hacer cosas por encima de mis derechos, hacía lo mismo que podían hacer mis trabajadores.

¿Por qué la mayor huella laboral está en la UBPC El Majá?

Ahí tuve el mejor resultado de mi vida de cañero. Hicimos una fuerza de trabajo que había que reconocerla, ver los valores que tenía, cómo enfrentaban sus deberes y con qué sentido de pertenencia trabajaban.

Cuando llega el período especial teníamos dos yuntas de bueyes, no había otra manera de atender las plantaciones. Le dije a la gente: ‘Vamos a incrementar la tracción animal’ y empezamos a trabajar en esa línea, en poco tiempo montamos 42 yuntas. Mira, aquello había que verlo, cuando había luna la gente enyugaba a las diez de la noche y no salían del campo hasta las nueve o las diez de la mañana, aporcando, cultivando, lo que le hiciera falta al cultivo.

Los problemas no te pueden pasar por arriba, aplastarte, hay que encarar esas situaciones difíciles; eso lo hicimos en El Majá.

Cuando veo por ahí a alguno de aquellos que fueron mis trabajadores es como si viera a un familiar muy allegado, me siento muy satisfecho con los resultados cañeros y productivos que conseguimos allí gracias al gran colectivo laboral que se logró agrupar; cada empeño lo asumimos en conjunto como la tarea de todos, no de nadie en particular.

¿Ve utilidad a esa vida consagrada al trabajo y al deber?

He vivido para el trabajo y la caña, me jubilé en el 2002 cuando aún era jefe de la UBPC El Majá porque estaba enfermo, fue un momento difícil. Mi organismo tenía la huella de una vida dedicada al trabajo y a pensar poco en mí; pero no demoré ni un año y me incorporé a la unidad de atención a los productores vinculado a los frutales, la forestal y la agricultura urbana. Ahí llevo ya 17 años, las fuerzas y la mente me dirán cuándo será el retiro definitivo.

Tengo muchas razones para estar agradecido a la Revolución que cambió mi vida y la de aquel campo donde nació. En aquellos bateyes de Santa Ana, Ojo de Agua o Mercedes existían en cada uno más de 100 casas, no había ni una con piso de cemento, ni servicio sanitario, ni siquiera un fogón de petróleo.

Me hubiese gustado haber podido estudiar más, haberme preparado mejor porque mi aporte hubiese sido mayor. Las oportunidades las tuve delante, la Revolución me las ofreció, pero me dejé llevar por el trabajo, la ocupación, la exigencia que siempre tenía alrededor de mis responsabilidades; si no me superé más, no fue por vagancia, sino porque siempre estuve apareado al sentido del deber y el trabajo me gobernó la vida.